

## El hijo del ciclista

Mi nombre es José Miguel. El de mi padre, “el ciclista”, también. Así le llamaban y le siguen llamando sus compañeros, amigos y los vecinos del pueblo. Hasta que un día surgió lo inesperado. Mi madre le había acompañado y estuvieron fuera toda la mañana. Era un día lluvioso de octubre y el sol seguía oculto entre las nubes. Lo recuerdo bien, es como una foto fija que no puedo olvidar.

Ese día fue el escogido para comunicarnos lo que veníamos presagiando: El médico fue claro y contundente: es parkinson. No le demos más vueltas. Tal como nos esperábamos, mi padre acogió el diagnóstico con total y absoluta aceptación. Una vez más mi padre dio muestras de su grandeza de carácter.

Cuando se retiró, empezó a trabajar de mecánico en un taller de coches arreglando lo que en otro tiempo le parecían máquinas infernales con sus ocupantes saludando desde las ventanillas.

Viéndose hoy, arreglando las tripas de esos cacharros le parecía una traición, además de un insulto.

“Encima de la bicicleta lo único que hay que hacer es pedalear, pedalear y pedalear” solía repetir a menudo. Él sabía como nadie que para avanzar un milímetro la fuerza tenía que salir del único motor que llevan los ciclistas: sus piernas. Unas piernas de acero. Pero también sabía que algo le empezaba a fallar en su motor: a veces sentía temblores y un endurecimiento muscular. Y se callaba.

Por si eso fuera poco ahí estaba la televisión, que desde hace mucho tiempo se ha convertido en un testigo implacable y en la que mis ojos de niño sólo veían las motos con sus propias cámaras, fotógrafos, caravanas de coches, un tropel de gente agolpada en las empinadas subidas y en las entradas a meta, y al final, entrevistas a los famosos, besos de compromiso a las azafatas de turno y el podio para los ganadores... al que nunca subía mi padre.

### **...papá, ¿y tú cuándo ganas?**

Hijo mío, yo gano siempre que gana mi equipo. Luego añadía para restarle importancia: y si gana nuestro líder mucho mejor. Estoy seguro de que no lo decía por el dinero que suponía ganar una etapa, sino por el precio que tendría que pagar por conseguirlo. Un precio que cada vez le resultaba más caro por la paulatina pérdida de movimientos y la acusada rigidez muscular que padecía. Y siempre se callaba.

Con esa respuesta, humilde y abnegada, mi padre ganó en ese momento todas las grandes carreras del mundo, el Tour, el Giro y la Vuelta España, así, de golpe, todas juntas.

Como la mayoría de sus compañeros, mi padre no tiene estudios, pero esa respuesta es digna de un gran hombre. Recuerdo que en aquella época cuando le hacía esa pregunta, disimulaba y me echaba un sermón, pero yo insistía con despiadada e inocente crueldad:

**... sí papá, ¿pero tú cuándo ganas?**

En su modestia hoy comprendo su grandeza al despreciar la fama, los honores, el dinero y otras muchas cosas que todo el mundo sabe pero calla y que siempre están alrededor de los que triunfan.